

Mi experiencia en las movilizaciones y cacerolada

Personalmente acudí a las movilizaciones de Barcelona contra la guerra de Iraq con ciertas contradicciones. Por un lado sentía la necesidad de expresar mi rechazo a dicha política, al uso de la fuerza contra quienes nada nos habían hecho, y por otro lado, me cuestionaba la eficacia inmediata de las mismas, o sea la repercusión que éstas podían tener en la política bélica del gobierno español. Probablemente esta contradicción fue sentida por muchos esos días, y aunque para algunos pesó más la impotencia o la ajenez respecto a un asunto que no está en sus manos, quizás otros preferimos convertir nuestro sentimiento de impotencia en esperanza.

Mi sorpresa y la de muchos, incluida la propia plataforma «Aturem la guerra», organizadora y convocante, fue que el número de personas que acudimos dejó muy atrás todas las previsiones. Era la primera vez que veíamos una movilización tan numerosa y tan heterogénea. Acudieron jóvenes, viejos, niños, familias, grupos y personas que iban por libre, los que acudían habitualmente a movilizaciones por la paz y los que no... Además de las manifestaciones en la calle, se llevaron a cabo otras movilizaciones simultáneas desde muchos lugares, desde las escuelas e institutos, universidades, hospitales, desde los medios de comunicación,... Unos y otros sentimos la necesidad de expresarnos por nosotros mismos, de hablar, escuchar y ser escuchados. Esta vez, perdieron protagonismo las palabras de los políticos e intelectuales, que en demasiadas ocasiones abusan del poder que tienen, para su propio beneficio o el de otros para los que trabajan, cuando no aburren o utilizan un lenguaje para no ser entendidos.

Usamos los espacios cotidianos de trabajo y de encuentro: el aula, la fábrica, la oficina, el bar; y muchos tuvieron la iniciativa de crear otros nuevos: charlas, seminarios, encuentros específicos, o periódicos y monográficos especiales —como el Diari per la Pau que salió en Barcelona cada semana—. Las caceroladas se oyeron en todos los barrios, sin distinción de ricos o pobres, ni distinción entre el espacio público y el privado. Hombres y mujeres, niños y niñas, hacíamos sonar las cazuelas desde nuestras ventanas, balcones o desde las calles, todos los espacios eran importantes para decir que no queríamos la guerra.

¿Qué le movía a cada una de las personas que acudimos y participamos en las movilizaciones? Una pregunta que tendría tantas respuestas como asistentes a las mismas. Sin embargo, casi todos pudimos hablar en un momento u otro con nuestros vecinos, compañeros o compañeras, amigos o familia sobre nuestros sentimientos y motivaciones. Aunque escuchamos posturas y opiniones muy diversas, yo diría que lo que nos movió fue el corazón y las ganas de decir la verdad: esa no es nuestra guerra, no podéis decir que lo hacéis

en nombre nuestro, no uséis las palabras — justicia, libertad, derechos humanos... — que para nosotros son importantes para vuestros fines tan violentos, no nos convencen vuestras guerras preventivas, no aceptamos las decisiones unilaterales de unos pocos que dicen hablar en el interés de todos, y que tienen como resultado «imponer la guerra» para «imponer luego la paz».

Dijimos no a cierta política y al abuso que desde ella se ejerce, a las alianzas que las elites del poder establecen para sus propios intereses desatendiendo los intereses de quienes depositaron en ellos su confianza. La crisis de la política de la representación hizo que adquiriese más fuerza la movilización política de quienes se representan sólo a sí mismos.

Lo que se ha puesto en cuestión es la democracia en la que los gobernantes no parecen necesitar de nuestro consentimiento, aunque de los votos de los ciudadanos y ciudadanas han recibido la legitimidad para ser nuestros representantes. Consentimiento que quizás no necesitan si tenemos en cuenta que la democracia hoy se puede «imponer» y «legitimar» con las armas, como está ocurriendo en Iraq. Es cada vez más visible la crisis de la política de los partidos deudores del régimen que sustenta la violencia, y aunque puedan volver a ser votados, para muchísimos de nosotros estos ya han perdido su legitimidad.

Cambios: ¿qué ha llevado a las movilizaciones?

Desde el 11 de septiembre de 2001 muchos hombres y muchas mujeres se sintieron golpeados y todos empezamos a estar mucho más atentos a lo que estaba ocurriendo en el mundo. De pronto la sociedad occidental había dejado de estar a salvo de sus «enemigos», aunque muchos ni siquiera sabían que los tenían. Empezamos a preguntarnos sobre las razones de estos ataques. Inmediatamente se empezó a difundir información, más o menos manipulada, sobre las causas del 11 de septiembre. Supimos del sufrimiento y las muertes de la guerra en Afganistán, del desorden y violencia que la propia guerra produjo. Empezamos a tener mayor memoria histórica de las guerras, de la implicación de occidente, y especialmente de EE UU en la promoción de las mismas. Muchas de las víctimas que sobrevivieron a los atentados de Nueva York, así como sus familiares y amigos, supieron que la violencia tenía como respuesta más violencia, y que normalmente las consecuencias las padecen los más inocentes.

Ya casi nadie se cree las mentiras y cada vez se dice más lo que de verdad pasa. Probablemente, las movilizaciones tuvieron mucho que ver con esta nueva mirada sobre las guerras, sobre los intereses de quienes las promueven y las llevan a cabo, sobre quienes ganan y quienes pierden. Y aunque haga ostentación de su fuerza, las promueve un poder que se sabe débil, y en éstas, muy pocos ganan y casi todos pierden.

Pienso que para muchos su oposición a la guerra parte de una postura sensata, y no quieren involucrarse en conflictos que no son vividos como propios. Precisamente porque sabemos muy bien que son aquellos que menos tienen que ver los que suelen salir más perjudicados, ¿no es acaso la población civil la que se lleva la peor parte?

He oído preguntar si no será este «nuevo pacifismo» un idealismo que viene a sustituir anteriores ideologías.

¿Se trata de un nuevo idealismo?

Es cierto que desde hace unas décadas asistimos al final de las ideologías, tal y como se conocieron en los dos siglos anteriores de nuestra historia, y hace un tiempo que frente al capitalismo y la cultura del dinero surgió el movimiento de la globalización solidaria. No es casual que la convocatoria de las movilizaciones del 15 de febrero surgiera en el Foro Social de Porto Alegre.

Así que, más que un idealismo o una ideología más, la fuerza de las movilizaciones contra la guerra, tiene más que ver con un proceso iniciado hace tiempo. Un proceso que «es el resultado» de unas nuevas formas de relación de hombres y mujeres, entre ellos y con lo que les rodea y que no suele proyectar ideales hacia un futuro incierto. Tiene mucho más que ver con lo que hoy se llama «el tejido asociativo» y con otra nueva manera de hacer y entender la política. ¿Quiénes formaban parte de la plataforma contra la guerra? Decenas de asociaciones en Barcelona, y unas cuantas miles más en todo el mundo. El escenario de las movilizaciones volvió a mostrar que el espacio político no se reduce a la lucha por el poder. Hay otro espacio donde hombres y mujeres hacen una política que permite que la sociedad pueda seguir sosteniéndose de una forma más «humana»: asociaciones, ONG, voluntariado, las redes de trabajo solidario entre mujeres y hombres, y otras muchas mediaciones que se dan en nuestras relaciones cotidianas. Mediaciones que han significado muchos cambios en nuestra cultura común.

Parecía que eran tiempos de individualismo, de solidaridades abstractas y cómo-das con aquellos que no conocemos, pero la solidaridad no se ha quedado en el ámbito de las buenas intenciones sino que está en el terreno de la práctica, como nos demostró a todos la movilización de miles de voluntarios que fueron a limpiar las costas gallegas después del

Movilizaciones de 2003. Una mirada desde la experiencia femenina

Escrito por Carmen Chaves

Sábado, 04 de Enero de 2003 09:57 - Actualizado Jueves, 10 de Marzo de 2011 10:11

desastre del Prestige. Tiempos en los que son muchos los hombres y las mujeres que se desplazan en las crisis humanitarias, que trabajan en organizaciones pro-derechos humanos, que se movilizan contra la guerra, aunque todo esto ocurre en una época en la que también estamos viviendo una gran exhibición de fuerza de cierta parte masculina que no quiere abandonar su posición de dominio.

Actualmente asistimos a muchas contradicciones. De alguna manera el deseo de libertad de muchas mujeres lleva a éstas a la muerte a manos de sus propios compañeros. Otras son condenadas a lapidación por parte de la propia comunidad en la que viven, y muchas casi lo han perdido todo: trabajo, educación, derechos... Sin embargo, también hoy, hombres y mujeres podemos expresar de manera mucho más libre nuestras elecciones, deseos... Aunque en ocasiones, tomando como referencia y objetivo la igualdad, se insiste en borrar cualquier expresión de diferencia.

Probablemente gracias al trabajo que se realizó durante las movilizaciones en los espacios educativos, hoy muchos alumnos y alumnas de secundaria se interrogan y se plantean qué es una democracia, qué ocurre con los políticos que no hacen caso de lo que los ciudadanos expresan y solicitan, y saben que las mujeres hacen un trabajo muy importante durante las guerras, pero todo esto convive con la falta de autoridad en muchas aulas y con una creciente violencia en algunos centros.

Quizás sea el cine uno de los mejores medios para valorar cómo la cultura está cambiando. Precisamente durante este año pasado hemos podido ver en Barcelona un festival internacional de cine y DD HH, y una Mostra de Films de Dones que recoge realidades muy diversas de directoras de diversos lugares del mundo. Realizadoras y realizadores que con sus obras nos permiten acercarnos a otras visiones de lo que sucede en otros lugares del planeta, y muchas veces de nuestro propio entorno, más allá de la visión sesgada y manipulada de los medios de comunicación oficiales. O películas como *Before the Storm* del director iraní Reza Parsa, que muestra una aclaradora visión sobre la relación de la violencia entre estados y la violencia en las relaciones cotidianas, sobre la conexión que existe entre la violencia en Oriente Próximo y los intereses de la venta de armamento por parte de países occidentales; *Bowling for Columbine* de Michael Moore, que nos habla sobre la cultura de las armas y sus consecuencias en EE UU; otras obras cinematográficas como las de Mohecen Makhmalbaf *Kandahar* y *Osama* de Siddiq Barmak sobre la realidad afgana después de la intervención de EE UU; también documentales como *Rachida* de la directora argelina Yamina Bachir, o *Asurot* de las directoras israelíes Anat Even y Dan Setton, que nos muestran desde una mirada femenina el conflicto y la violencia que viven en sus países. Son sólo algunos ejemplos junto a otros muchos, no sólo desde el cine también desde la literatura, como la escritora egipcia Nawal al-Sa'dawi, que nos muestran la realidad hoy, gracias a los cuales sabemos del compromiso y la responsabilidad de muchos hombres y mujeres que nos traen luz

sobre la oscuridad mostrándonos aquellos aspectos de su religión o cultura que son utilizados para el ejercicio y abuso del dominio, de la violencia. Ellas y ellos, abren espacios de libertad.

Todos estos cambios a los que he hecho referencia, son para mi algunos ejemplos de un proceso y unas nuevas formas de expresión y relación, que van más allá de «estar contra la guerra», que veo más en relación con lo que algunos llaman «cultura de paz». Resultado en parte de una nueva política que no cree en los métodos y fines violentos, en las revoluciones y luchas armadas. Seguramente una práctica que podemos relacionar más con la idea que ya fue expresada por las pensadoras Simone Weil y Luisa Muraro: sólo la política que se sustrae a las relaciones de fuerza puede producir un cambio profundo y duradero, y la política es lo único que puede interrumpir la guerra. ^[1] Política que también es resultado de una diferencia femenina y masculina que se expresa al final del patriarcado.

Punto de vista o experiencia femenina

Uno de los grandes logros de la movilización contra la guerra ha sido el esfuerzo por dar luz a la verdad de la misma. Debemos al trabajo de algunos periodistas e intelectuales una información sobre las causas de esta guerra que probablemente muchos y muchas no teníamos, sabemos bastante sobre los motivos e intereses — el petróleo, los intereses económicos y geo-políticos en la zona—, pero casi nada se ha dicho, en los ámbitos que generan opinión, sobre la relación entre la guerra y el dominio masculino desde las estructuras de poder en el mundo. En relación a la violencia y el poder, la diferencia sexual, el ser hombre o mujer, es una diferencia significativa. Gracias al feminismo sabemos que las guerras son una expresión, una de las más terribles, de la cultura patriarcal que para poder existir se ha impuesto con el dominio y la violencia. Históricamente y hasta la actualidad las guerras las hacen los hombres.

Sin embargo, es un hecho que el deseo de libertad de las mujeres y las prácticas que de éste han derivado, ha reducido y está reduciendo los espacios de dominio patriarcal (aunque en países como Arabia Saudita, Afganistán y otros muchos, se intenta contrarrestar este deseo de libertad y estos cambios con más control y dominio sobre las mujeres) Hoy, en todo el mundo, las mujeres especialmente estamos cuestionando este orden social que se perpetúa a través del poder, del ejercicio de la violencia y la guerra. Orden social y estructuras patriarcales que también se perpetúan a través de un sistema de dominio económico y social, así como por el derecho de los estados a ser los únicos agentes legitimados para poseer y usar las fuerzas armadas. Decía «especialmente las mujeres», ya que hace tiempo que lo empezamos a cuestionar. No sólo lo cuestionamos si no que logramos empezar a cambiar las propias relaciones de dominación-sumisión entre hombres y mujeres, llevando a cabo la primera revolución de la historia que ha triunfado de forma pacífica. Revolución que quizás conlleva, como algunas pensadoras feministas han señalado, una serie de síntomas sociales como la

exhibición de fuerza masculina, el intervencionismo bélico, lo que algunas han llamado «crisis del sim-bólico masculino» y otras «crisis del patriarcado». [\[2\]](#)

De esta relación dominación-sumisión las mujeres hemos empezado a salir gracias a una práctica política de relaciones entre mujeres, y hoy también con algunos hombres, que ha supuesto cambios en nuestra cultura, en una parte de la misma que hacía creíble y justificable la violencia y las guerras. No han sido los discursos, ni las leyes —en todo caso sólo parcialmente— los que han hecho que la mentalidad de la gente cambie. Ha sido un cambio en las relaciones, en la subjetividad de mujeres y de hombres lo que ha trascendido a la cultura común.

Esta vez, la defensa de los derechos de las mujeres no ha estado presente entre las justificaciones que el gobierno de EE UU y sus aliados han argumentado para promover su segunda guerra en Iraq. Relatos de periodistas, ONG, estudios como el último realizado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, —me sorprendió incluso la rotundidad al respecto de unas declaraciones de Madres de Plaza de Mayo después de una reciente visita al país—, situaban a Iraq en un primer lugar entre los países árabes en cuanto a la situación de sus mujeres. Las mujeres iraquíes han tenido acceso a la educación, al empleo, mejoras salariales, guarderías, y contaban con un grado de participación política y profesional mayor que otros países árabes. Aunque su situación empezó a empeorar después de la Guerra del Golfo (1991). No sólo perdieron sus empleos por la destrucción de fábricas, de colegios y hospitales, o por la falta de recursos económicos, si no que cada vez tuvieron que emplear más tiempo en realizar tareas básicas para la supervivencia, como enfermeras o en la búsqueda de alimentos para la familia. Estas cargas domésticas adicionales ocupan todo el tiempo que pudieran tener libre las mujeres antes del conflicto, porque no sólo son responsables de casi todas las tareas domésticas, sino también de la estabilidad de la unidad familiar. Estabilidad y unidad difícil de mantener y en muchos casos rota, a lo que se suma, como en todas las guerras, un incremento de la violencia hacia las mujeres. En Iraq unas 400 mujeres han sido violadas o secuestradas desde que empezó la ocupación norteamericana.

Pienso que esta aproximación a la situación de las mujeres en Iraq, supone una referencia muy significativa sobre la mediación de las mujeres por la paz y en los conflictos entre hombres.

También en Iraq, igual que en muchos otros lugares, Afganistán entre ellos, las mujeres fueron transformando estructuras y relaciones patriarcales y fueron decidiendo cada vez más por sí mismas sobre sus vidas. Son procesos que suelen acompañarse de un mayor grado de bienestar económico y social. Sólo los conflictos violentos, las guerras, situaciones permanentes de crisis y enfrentamientos entre poblaciones, llevan a un verdadero

empeoramiento en la vida de las mujeres y de la población en su conjunto. Ellas, sin embargo, responden a la guerra intensificando su tarea pacificadora como cohesionadoras y responsables de la supervivencia de los miembros de la propia comunidad. Es en este sentido, que las mujeres permanecen fundamentalmente «ajenas» a los conflictos entre hombres, bastante ocupadas en restablecer el orden y en continuar luchando por sus metas y necesidades para las que no han utilizado jamás medios violentos.

Decía también que una de las consecuencias de los cambios en las relaciones de dominio ha sido la crisis del simbólico masculino. ¿Acaso el fundamentalismo islámico y su odio hacia las mujeres no ha sido consentido —mientras les ha convenido— por los hombres que al frente de las llamadas democracias occidentales les han armado y colocado en el poder? ¿Tendrán ellos algo en común sobre la cuestión de la propia «virilidad», anclados probablemente en los viejos modelos masculinos de lo que es ser hombre?

Me refiero a todo lo que ya sabemos sobre quienes armaron y apoyaron el ascenso al poder de los talibanes o la dictadura de Saddam Hussein. Por poner como ejemplos los escenarios de las últimas intervenciones bélicas de la cruzada occidental «por la paz» después del 11 de septiembre. Aunque éstos no son los únicos lugares en donde el poder occidental ha promovido y consentido regímenes totalitarios. En todo caso, es significativo que, tanto en la imposición de la guerra como en la imposición del fundamentalismo, se trate siempre de acuerdos y pactos entre hombres, las mujeres quedan excluidas.

Sin embargo, no todas las mujeres quedan excluidas en estos pactos. Algunas contribuyen con sus energías y se prestan al juego en estos acuerdos entre hombres, y lo hacen asimilándose a este sistema de dominio patriarcal. Aunque esta sea una postura minoritaria, pienso que hay que prestarle cierta atención. No creo que sea casual que tanto en EE UU como en España sean mujeres las que están al frente de «asuntos exteriores». Desde la política institucional se quiere dar la imagen de «la igualdad entre hombres y mujeres». Precisamente en nombre de la igualdad entre hombres y mujeres han entrado mujeres en los ejércitos.

No hace mucho tiempo tuve la ocasión de entrevistar a dos mujeres que trabajan en el ámbito de la política institucional. Ellas tenían propuestas para la consecución de un mundo más pacífico similares a las de muchas investigadoras por la paz, y a la de otras políticas y mujeres con cargos en ciertas organizaciones internacionales. Para ellas el gran reto es estar en los lugares de decisión para estructurar un mundo diferente, ya que el discurso dominante es el público, en donde el protagonismo es el masculino.

Movilizaciones de 2003. Una mirada desde la experiencia femenina

Escrito por Carmen Chaves

Sábado, 04 de Enero de 2003 09:57 - Actualizado Jueves, 10 de Marzo de 2011 10:11

Ambas estaban de acuerdo en la necesidad de incorporar otros valores femeninos, propios de la cultura de las mujeres, con el fin de modificar la cultura competitiva, agresiva y patriarcal basada en la dominación. La cuestión clave para ellas es poder ser más mujeres dentro del poder político para transformarlo sin asimilarse al mismo, motivo principal por el que están a favor de las cuotas y de las leyes sobre paridad.

Aunque el poder está en todas las personas y lugares desde donde se ejerce, el partido, el centro universitario... , la postura de algunas mujeres es pensar que llegando a él podrán cambiarlo.

Para mí, todavía hoy, se abren varios interrogantes a partir de las cuestiones que ellas plantearon.

Si la cultura patriarcal se basa como dicen en la dominación, ¿cómo estar en lugares de poder y no asimilarse a dicha lógica de dominación?

¿Hubo una postura clara contra la guerra por parte de las mujeres políticas en alguno de los anteriores gobiernos cuando éstos intervinieron en Iraq, o en la ex Yugoslavia o en Afganistán? Precisamente tuve la ocasión de oír a una conocida política del principal partido de la oposición en España, defender la intervención de «las fuerzas de paz» en la última guerra de la ex Yugoslavia, y de paso justificar la necesidad de la entrada en la OTAN en aras de la seguridad general. Ambas cosas ocurrieron cuando su partido estaba en el gobierno.

Estos ejemplos que pongo, que explican la posición de muchas mujeres que se dicen a sí mismas feministas, me sirven para intentar dar luz a una contradicción que quizás apareció en las movilizaciones y que en alguna ocasión ha surgido desde el propio movimiento por la paz: estar contra la guerra, contra la política del poder, y esperar que las soluciones vengan desde el poder. Ese sería el riesgo de cualquier política que sólo se quede en la reivindicación.

Otra mirada muy distinta sería la de aquellas que son muy escépticas con la política que mira al poder, y que fueron también muy críticas al valorar la eficacia de las movilizaciones contra la guerra. ¿Para qué sirve si Bush, Aznar y Berlusconi no cambian nada? Alguna dijo que aquella era «la vieja manera», una postura «ingenua» para otras. No creo que se pueda reducir el significado de las movilizaciones a que unos ganan y otros no, los que acabaron haciendo la

guerra ganaron y los que se movilizaron perdieron. Las ganancias son otras y forman parte de un proceso muy importante en el que se implicaron muchísimas personas. Quizás sólo conseguimos retrasar un poco una decisión ya tomada y es verdad que no pudimos evitar los cientos de miles de muertes de esta guerra. Pero aunque no se pudo evitar el uso de la fuerza, la ideología de la guerra sí ha sido puesta en cuestión.

Cambios en la subjetividad masculina. ¿Cómo se manifiesta la diferencia masculina?

Evidentemente ciertas lógicas masculinas se relacionan más con las «operaciones militares por la paz». Precisamente son éstas —las hegemónicas— las que han sido puestas en cuestión en las movilizaciones; pero otras que jamás aluden a estos sistemas tan extrañamente pacificadores, priorizan los análisis globales incluyendo propuestas y estrategias de intervención desde la prevención a la resolución de los conflictos. Se realizan propuestas y se escriben textos muy importantes sobre las vías y caminos a seguir para la consecución de un mundo en el que prevalezca la justicia y la paz. Se apela especialmente a la legalidad internacional, la democracia y el desarme. Son caminos muy necesarios, pero a veces me resulta difícil ver con claridad hasta qué punto son propuestas que se expresan desde fuera del orden establecido, y lo digo porque todavía hoy se espera desde ciertas organizaciones pacifistas que sean las instituciones y gobiernos después de las movilizaciones «quienes muevan ahora ficha».

Son muy pocos los hombres que se cuestionan o se plantean si la violencia es sexuada, o si existe un sistema patriarcal que sea causa de alguna relación de dominio, o si se sienten libres en las pautas y conductas asignadas a ellos socialmente o culturalmente. Sorprende gratamente que esto empiece a suceder. Podemos hoy encontrar libros escritos por hombres (activistas por la paz, profesores, psicólogos...) que tratan sobre la relación entre violencia y masculinidad. ^[3] Otros tienen mucho cuidado al escribir e investigar en no utilizar un neutro que nos homologa a mujeres y en hombres, y algunos se han empezado a cuestionar su visión sobre la masculinidad.

Los participantes de un seminario organizado por la UNESCO sobre «Roles masculinos y masculinidad en la perspectiva de la cultura de paz» ^[4] reconocieron que mientras las mujeres habían realizado durante las últimas décadas un amplio debate sobre la posición y los roles asignados a ellas, los hombres continúan viéndose a sí mismos como una especie de ser humano estándar —la norma— y apenas han discutido sobre su posición y los roles masculinos. En este seminario se habló de un tipo de masculinidad que llamaron «masculinidad hegemónica», dominante en diferentes contextos institucionales o sociales y que excluye a las mujeres y a otros hombres, así como del claro vínculo entre masculinidad y violencia. Concluyeron que una cultura de paz sólo se puede establecer en un contexto

igua-litario entre mujeres y hombres.

Contexto igualitario que siguen reclamando muchas organizaciones de mujeres en todo el mundo, para poder decidir plenamente sobre sus propias vidas y contar con unos derechos y una ley que no las trate de manera discriminatoria precisamente por ser mujeres. Sin embargo, en nombre de la igualdad se promueve en otros muchos lugares la entrada de mujeres en los ejércitos, cuando hoy éstos están empezando a dejar de ser «una cosa de hombres». No sólo porque algunas mujeres desde hace un tiempo hayan iniciado su entrada en éstos —fruto de las políticas de igualdad—, sino porque muchos hombres, especialmente jóvenes, han dejado de justificarlos. Una parte de la diferencia masculina se expresa fuera del orden patriarcal a través de la insumisión u objeción de conciencia. Al dejar de entrar en los ejércitos han cuestionado una gran parte del sistema sobre el que se sustenta la guerra. Son cambios en la subjetividad masculina ya que también se han rechazado los modelos patriarcales de masculinidad que favorecían el uso de la fuerza y la violencia, apelando a la valentía y al honor.

Hoy en contextos todavía frágiles a causa de la guerra, como el de la ex Yugoslavia, es muy importante para el futuro común y la paz que existan hombres que han interpretado su diferencia y han reflexionado sobre la misma. Andreas Spech escribió, en un texto en el que relacionaba la masculinidad y la guerra, [\[5\]](#) que el movimiento de mujeres no sólo ha servido para liberar a éstas de los estereotipos de feminidad, sino que, al mismo tiempo, el viejo modelo hegemónico de masculinidad ha incorporado nuevos valores y los hombres han empezado a ser parcialmente cooperativos, realizando tareas de cuidado e incluso expresando algunos de sus sentimientos. Aunque, según él, la masculinidad es todavía sexista y propone un cambio en las estructuras patriarcales de las organizaciones antimilitaristas, dominadas por hombres y por un estilo de trabajo masculino. Desde su punto de vista, los hombres no están representando un papel masculino propio y libre, sino que son la expresión de una masculinidad construida.

En este mismo contexto, el de la ex Yugoslavia, Mujeres de Negro tienen el reconocimiento de algunos compañeros antimilitaristas, ya que según la experiencia de algunos, el antimilitarismo les ha llevado a prestar más atención a lo que ellos llaman «la cuestión de la mujer», dándose cuenta de que en tiempos de guerra las estructuras autoritarias y patriarcales se refuerzan. Para muchos esto ha significado una cultura patriarcal autoritaria que les prohíbe manifestar sus sentimientos, reprimiendo la compasión y la ternura, y ven que sus amigas sí pueden expresar preocupación, el cuidado, la compasión y el miedo. Así lo reflejaba Stasa Zajovic [\[6\]](#) en un texto en el que explicaba qué respuestas obtuvo después de preguntar a sus amigos del

Movilizaciones de 2003. Una mirada desde la experiencia femenina

Escrito por Carmen Chaves

Sábado, 04 de Enero de 2003 09:57 - Actualizado Jueves, 10 de Marzo de 2011 10:11

grupo de apoyo acerca del hecho de que en el movimiento por la paz hubiese más mujeres que hombres. Para algunos de ellos las mujeres se encargan del papel del cuidado de los otros, pero son más activas en el movimiento por la paz por ser su opción política. La cultura de paz para estos hombres está más cerca de la cultura feminista que no de las mujeres como género.

Pero no siempre el movimiento por la paz reconoce la labor pacífica de sus compañeras. La misma Stasa Zajovic constataba que el trabajo que Mujeres de Negro ha desarrollado en la ex Yugoslavia en el movimiento antiguerra no lo reflejaba el presidente del Centro Antiguerra cuando éste hablaba públicamente, siguiendo así el mismo modelo patriarcal de otras organizaciones políticas. Las mujeres muchas veces trabajan y los hombres se aprovechan de ello para su propia promoción política.

Movilizaciones de mujeres por la paz

Hasta hace poco las prácticas cotidianas de las mujeres que han conseguido mantener la civilización y la vida humana no formaban parte de la historia, del conocimiento. Pero esa historia no la hemos escrito las mujeres. Crear la vida, alimentar, cuidar, priorizar la relación con los otros, con el medio, son prácticas muy ajenas a las guerras, a la violencia, al pensamiento, a la religión que los hombres han inventado. La experiencia femenina ha sido históricamente una experiencia pacífica y se ha mantenido básicamente al margen, ajena, a las lógicas de la dominación y de las soluciones violentas a los conflictos. Hoy se pretende seguir enseñando la historia del poder, la historia de las guerras, de la dominación y de las revoluciones que se han llevado a cabo para salir de la dominación, pero creo que cada vez interesa menos a todos esta historia, los alumnos y las alumnas se aburren.

Hemos empezado a escribir otra historia más humana en la que las alumnas y alumnos pueden sentirse más implicados e interesados. Pero no sólo se trata de una modificación de la propia cultura desde el terreno intelectual, los cambios son vividos en las relaciones cotidianas y se manifiestan en nuevas inquietudes y nuevos proyectos. Cada vez son más los que se preocupan por el equilibrio de los seres humanos con su medio, se apuntan por supervivencia o por placer a cursos de cocina, o prefieren tomar parte en el cuidado de sus hijos y en la relación con los mismos. Las mujeres nunca abandonamos estas tareas pero hoy también las abordamos desde otros lugares.

Como dije anteriormente, en todos los contextos de guerra las mujeres responden intensificando su tarea pacificadora y cohesionadora responsabilizándose de la supervivencia de su familia, de su comunidad, y son más activas en el movimiento por la paz por ser su opción política. [\[7\]](#)

Son muchos los contextos en los que las mujeres realizan numerosas mediaciones para vivir en un mundo menos violento, como la Red Internacional de Mujeres de Negro, RAWA en Afganistán, las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, la Ruta Pacífica en Colombia, o las asociaciones y organizaciones de mujeres que en nuestro entorno trabajan con aquellas mujeres que sufren violencia. Otras lo hacen desde el derecho, la economía, la literatura, desde su casa, desde cualquier ámbito en donde estén. Sólo son algunos ejemplos del movimiento de mujeres por la paz, de las experiencias simbólicas y prácticas que llevan a cabo las mujeres para cambiar comportamientos, mentalidades e instituciones que dan soporte a la violencia.

Una mirada y una escucha atenta a muchas de estas mujeres me ha permitido reconocer que todas ellas han tenido que crear un espacio propio, entre mujeres, inicialmente o durante el proceso, para poder partir realmente de sus propios intereses y llegar a una política acorde con sus vidas fuera de las lógicas patriarcales y las estructuras del poder. La distancia de la posición de muchas mujeres respecto a las vías por las que obtener la paz, en su sentido más femenino y amplio, seguramente nos ha llevado a muchas a necesitar esos otros espacios. Distancia hacia la política de hacer la guerra para conseguir la paz, la falta de reconocimiento por parte de los compañeros de partido y el ser excluidas en los procesos de paz.

Aunque las mujeres no suelen tener demasiado tiempo ya que están siempre demasiado ocupadas en la supervivencia diaria —salud, familia...—, hay momentos y situaciones en los que necesitan intervenir: los movimientos de madres que reclaman a sus hijos, los encuentros con el otro/a en comunidades enfrentadas, el mantenerse fiel a los propios deseos e intereses apartándose de cualquier lógica de la violencia y del dominio, la denuncia de los violentos sin recurrir a medios violentos...

Nuestras movilizaciones apoyaban una opción política para la gestión y resolución del desorden y la violencia. De alguna manera apoyábamos a quienes ven en la política el único camino posible para la paz. Estaría muy de acuerdo con una declaración reciente de las mujeres afganas de RAWA: mientras se hablaba de los derechos de las mujeres y la libertad, morían mujeres y niños, una parte a causa de las bombas. Lo que necesita la población de Iraq y Afganistán es ayuda para echar ellos mismos a sus gobernantes pero no que les bombardeen. Quizás la tarea previa y más urgente sería rescatar el verdadero sentido de la paz.

[1] Luisa Muraro, *Autoridad y autoría*, en: AEIHM, *La mujeres y el poder*, Madrid, Al-Mudayna, 2000, p. 12. Luisa Muraro, «Si la política vence a la guerra», en *Librería de Mujeres de Milán*, *Guerras que yo he visto*, Cuadernos inacabados n° 45, horas y Horas, 2001, p. 25. Simone Weil, *Escrits sobre la guerra*, Edicions Bromera, 1997.

[2] Existe hoy una experiencia femenina que sí ha provocado «un cambio muy fuerte de la cultura», un cambio visible, después de 4000 años de historia, en las relaciones entre hombres y mujeres, relaciones que ya no se basan en la dominación y en la sumisión. Este cambio sociológico lo desarrolla la filósofa Luisa Muraro en un texto del que es coautora, *El final del patriarcado*, en el que se nombra como un hecho simbólico que ha sido posible por el deseo femenino de libertad, porque el control del cuerpo femenino por parte de padres y maridos ha dejado ser «un dominio justo y justificado por la civilización humana» aunque existe todavía violencia y dominio de hombres sobre mujeres, pues «la tiranía masculina se prolonga en donde la postura femenina es de sumisión». *Librería de Mujeres de Milán*. *El final del patriarcado* (Ha ocurrido y no por casualidad), traducción de la revista *Sottosopra Rosso* de enero de 1996, Barcelona, Editado por Próleg, La Llibreria de les Dones, 1996.

[3] Como el libro de Michael Sky, *Sexos en guerra*, Madrid, Gaia, 1993. O el libro de Vivenc Fisas, *El sexo de la violencia*, Barcelona, Icaria, 1998. Actualmente circulan textos escritos por grupos de hombres que trabajan sobre la masculinidad y la violencia hacia las mujeres.

[4] Hago referencia al seminario *Roles Masculinos y masculinidad en la perspectiva de la cultura de paz* celebrado en Oslo en 1997 dentro del Programa *Mujer y Cultura de Paz*, a partir de un capítulo de Ingeborg Breines, «A gender perspective on a culture of peace», en Ingeborg Breines, Dorotea Gierycz y Betty Reardon, *Towards a womens agenda for a culture of peace*, Unesco, France, 1999, pp.33-57.

[5] Andreas Spech, «Masculinidad y guerra», en revista *En pie de paz*, n° 44, 1997.

[6] Stasa Zajovic, «¿Concierne el feminismo sólo a las mujeres?», *Conversaciones con el Grupo de apoyo masculino*, en la revista *En Pie de Paz* n° 36, 1995.

[7] Sobre la actividad política y la mediación pacificadora de mujeres recomiendo consultar anteriores textos de los *Anuarios de Movimientos Sociales* coordinados por Elena Grau y Pedro Ibarra. Carmen Magallón Portolés, «La vida en nuestras manos: el pacifismo, excelencia participativa», *Anuario de Movimientos Sociales 2001. El futuro de la red*, Barcelona, Icaria; Elena Grau, «Mujeres contra la guerra. Exorcismo contra el miedo». Entrevista a Dominique Saillard, *Anuario de Movimientos Sociales 2001. El futuro de la red*, Barcelona, Icaria.